

## **La Semántica de los Desastres: Implicaciones para el Estudio de los Desastres**

“Desastre” se asocia en la mente de la mayoría, con eventos de gran magnitud, importantes pérdidas de vida, de bienes y producción, con la necesidad de la movilización de grandes cantidades de ayuda humanitaria y con sustanciales costos para el proceso de rehabilitación o reconstrucción de las sociedades afectadas. América Latina y el Caribe han experimentado una larga historia de este tipo de eventos, particularmente aquellos que se asocian con los extremos de la naturaleza y que siguen siendo conocidos, de manera muy engañosa, como “desastres naturales”.

Durante el período 1992-1997, la Oficina para Asistencia en Casos de Desastre en el Exterior -OFDA- de la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos registró en sus listados de desastres en la región cerca de 110 eventos, la gran mayoría asociada con manifestaciones abruptas de la naturaleza. La base de datos sobre desastres construida por el Centro de Epidemiología de Desastres de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, registra más del doble de este número para el mismo período. La diferencia entre las dos fuentes, las más utilizadas por investigadores y practicantes, reside en los parámetros distintos que utilizan para definir si un evento es o no un “desastre”. Cualquiera que sea este parámetro, en ambos casos se trata de eventos de una magnitud tal que las pérdidas económicas y materiales son significativas a escala nacional, mientras, a la vez, precisaron de la movilización de recursos, fueran estos nacionales o internacionales, para la ayuda humanitaria, la rehabilitación y la reconstrucción, que excedieron las opciones y posibilidades de las áreas y sociedades afectadas.

El desastre asociado con el Huracán Mitch en los distintos países del Istmo Centroamericano, calificó ampliamente para estar incorporado en los listados de los eventos más notorios del siglo XX. Pero este evento suscitó la utilización de una nueva nomenclatura, la de un “desastre regional”, un uso semántico poco empleado con anterioridad. Vale la pena examinar aquí en qué sentido el desastre podría considerarse regional, a diferencia de una serie de desastres nacionales. La misma nomenclatura significa de hecho algo más que un desastre que afectó a todos los países de la región. Significa una dimensión que trasciende en su contenido y

magnitud la suma de las partes. Significa un problema en común, una interrelación de las partes que hace que los efectos e impactos tengan significado importante fuera de los límites mismos de cada país, considerado de forma individual.

El desastre asociado con Mitch de hecho tuvo esta trascendencia. La importancia de la interrupción del comercio transístmico y los impactos para todos los países de la región, el problema de la migración de población hacia otros países, particularmente Costa Rica, y la necesidad de encontrar una solución negociada y justa entre los distintos países en cuanto a la distribución más equitativa de la ayuda para la emergencia y la reconstrucción, dio al evento una dimensión extranacional que era imposible soslayar.

Pero la construcción de la regionalidad del evento también habrá tenido su lógica política.

Con referencia a esto vale la pena reflexionar sobre las condiciones bajo las cuales un desastre logra captar la atención pública y política internacional, y la forma en que es construido social y políticamente como un problema significativo para el desarrollo de los países afectados. Una comparación de los casos de Mitch y Georges, que afectó seriamente al Caribe unas semanas antes, es ilustrativa.

En el caso de Mitch, las pérdidas económicas sumaron unos US\$7 billones y se reportaron cerca de 20.000 personas muertas o desaparecidas (una forma legal y eufemística de referirse a los muertos no encontrados). Georges, de acuerdo con el Munich Reinsurance Group, infligió US\$10 billones de dólares en pérdidas y causó la muerte de 4.000 personas. Con base en estas estadísticas, y considerando el tamaño de los países y el tamaño de las economías afectadas, se podría llegar a la conclusión de que Georges fue el desastre más grande.

Sin embargo, más atención ha sido prestada al caso de Centroamérica que al Caribe, y seguramente, más recursos se canalizarán hacia esa zona que a las islas para la reconstrucción. El Caribe no fue sujeto de un proceso de consulta y negociación financiera concertado, que se acercara al que tipificó el caso de Centroamérica después de Mitch.

## ¿Cómo se explica esta aparente contradicción?

Un primer factor a tomar en cuenta son los niveles dispares de decesos asociado con los dos eventos. Parece que la mortalidad sigue siendo importante en definir el tamaño e importancia de un desastre.

Un segundo factor se relaciona con la “concertación” política más hábil lograda con el caso de Mitch. Este evento se proyectó desde el principio como un desastre “regional”, afectando a cuatro de los países más pobres del hemisferio, en el entorno de una región geográfica y geopolítica en que los países están ligados por un proyecto de integración y una historia en común. Los presidentes de la región concertaron juntos, estableciendo un frente común (no sin contradicciones, por supuesto) y emitiendo una temprana declaración conjunta sobre el desastre y sus implicaciones para el desarrollo de la región como un todo. Nada de esto ocurrió con el Caribe donde, a pesar de la destrucción y muerte sufrida en varias islas, no surgió una iniciativa semejante, fundamentada en una historia y destino compartida.

Finalmente, Centroamérica en su conjunto ha estado en el ojo internacional durante años debido al contexto de conflicto y guerra civil que le caracterizó durante décadas. Todos los países del istmo han sido receptores de importantes cantidades de ayuda internacional para el desarrollo y para la consolidación de la paz y la democracia. El istmo tiene una serie de apoyos internacionales tradicionales, cuya visión y enfoque en cuanto a la ayuda fue siempre guiada por la idea de la regionalidad centroamericana.

Debido a este conjunto de interrelaciones económicas, sociales y políticas, además de la noción histórica de una sola región que comparten los países del istmo, es que la nomenclatura de un “desastre regional” surte un efecto galvanizador en la mentalidad de distintos actores nacionales e internacionales. Tal denominación tendría relevancia y objetividad sin embargo en una esfera particular de la realidad del desastre. Aquí se refiere a la realidad de la economía de punta, articulada en torno al Corredor Comercial Centroamericano. Sin embargo, desde otras perspectivas económicas, sociales y políticas, el desastre puede ser mejor considerado desde otra escala de análisis, la de la escala fractal.

Existe una serie de argumentos de creciente importancia en la literatura sobre los desastres, que sugiere que un desastre

“grande” o “regional”, como podría considerarse el asociado con Mitch, es en efecto, al final de cuentas, un número indeterminado de desastres pequeños detonados de forma diferenciada por un evento físico de gran magnitud relativa. Que sea considerado un desastre o múltiples desastres pequeños depende de quién lo contempla y desde que óptica política o práctica lo hace.

Así, desde la perspectiva del gobierno nacional, los organismos nacionales de atención de desastres y los organismos internacionales de ayuda humanitaria, será un solo desastre, porque desde el nivel en que operan deben atender sus consecuencias en todo el territorio.

Sin embargo, al otro extremo del espectro, para los poblados o localidades afectadas es más probable que se contemple como una serie ilimitada de pequeños desastres, cada uno con sus propias especificidades, necesidades de atención, demandas y oportunidades. De hecho, frente a un evento físico único, que hipotéticamente podría revestir características similares de magnitud e intensidad al concretarse en la tierra, el “espacio social” de los daños (quiénes resultan afectados, la magnitud de la afectación, las opciones de recuperación etc.) se determinará finalmente por las características de la sociedad imputada, diferenciada en el territorio (ver Hewitt, 1997).

De igual manera, el “espacio social” de las manifestaciones de resistencia y protección, de zonas y poblados que sufrieron daños reducidos o manejables, también tendría, en muchos casos, su trasfondo social, sus características de menor vulnerabilidad.

En el caso del impacto del Huracán Mitch en Honduras, los reportes e informaciones que circularon durante los días y semanas después del evento transmitieron la idea de un país destruido casi en su totalidad. Sin embargo, los análisis más pormenorizados que se han producido sobre el evento muestran claramente importantes extensiones o zonas del país, importantes infraestructuras y facilidades productivas, ciudades y poblados que sufrieron daños mínimos o nulos. Sin lugar a dudas, eso podría deberse, en varios de estos casos, a la ausencia de extremos en términos de lluvia, descarga pluvial o vientos huracanados. Sin embargo, por otro lado, existirán múltiples casos de zonas azotadas por los elementos con una intensidad similar a la sufrida en zonas afectadas, pero sin las mismas manifestaciones de daño o destrucción.

El sobre énfasis en los daños y en las zonas dañadas alude a un entendimiento cabal del fenómeno de desastre. De igual manera que se analiza el daño, es importante analizar el no daño, para así revelar claramente los factores asociados con la vulnerabilidad y con la amenaza, que realmente propician pérdidas, y viceversa. Sin lugar a dudas, un solo evento físico genera múltiples contextos distintos, algunos de ellos caracterizados por daños extremos, otros por daños menores y otros por la ausencia de impactos importantes. Las lecciones que se derivan de estos últimos son tan importantes como aquellas derivadas del análisis de las pérdidas. Por supuesto, por las deformaciones que se han introducido en la discusión y análisis de desastres, este último tipo de indagación parece poco pertinente o atractivo.

Hasta aquí, nuestra introducción a la semántica de los desastres se ha concentrado en la esfera de los grandes eventos y su definición en términos de escala agregada o fractalizada.

Sin embargo, mas allá de los eventos "noticieros" como Mitch, existen cientos, sino miles de eventos "dañinos" que suceden cada año, los cuales no están registrados en las estadísticas de las organizaciones internacionales abocadas al tema de los desastres. De parámetros pequeños o medianos, asociados con múltiples distintos tipos de fenómeno físico (inundaciones, sequías, deslizamientos, sismos, lluvias intensas, oleajes fuertes, incendios, etc.), estos eventos, que pocos consideran o clasifican como "desastres", tienen, en efecto, las mismas causas y orígenes que los grandes eventos. Difieren obviamente, en que uno por uno sus impactos son menores y su área de impacto es menos extensiva, muchos limitándose a pequeñas localidades o comunidades, en lugar de grandes zonas, regiones o países enteros. Sin embargo, son parte del problema de los desastres tanto como los grandes eventos que han llegado, erróneamente, a caracterizar el problema en general (ver Hewitt, 1983, para una clásica desmistificación del sentido real de los desastres).

La importancia de los eventos pequeños y medianos ha sido destacada, en particular, por La Red de Estudios Sociales en la Prevención de Desastres en América Latina - LA RED. Utilizando un software desarrollado específicamente para el registro de información georreferenciada y temática sobre eventos dañinos y para su análisis estadístico, temporal y geográfico (DESINVENTAR), se

ha obtenido un recuento de todos los eventos reportados por la prensa y otras fuentes, en el período 1988-1998 para México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Colombia, Perú, Ecuador, Panamá y Argentina. Dicho registro arroja un número muy por encima de los 20.000, incluyendo pequeños, medianos y grandes desastres, asociados con más de veinte distintos tipos de amenaza física, natural, socionatural o antropogénica. Solamente un diez a quince por ciento de estos registros se explican por el tipo de gran evento que aparece en las bases de datos de la OFDA.

¿Qué importancia tienen estos eventos para un análisis del caso de Mitch? se podría preguntar el lector.

Existe una creciente evidencia de que la suma de los impactos negativos de estos recurrentes "no desastres" se aproximan, si no exceden acumulativamente, a aquellos asociados a los grandes pero poco recurrentes eventos. Afectan a muchas localidades de forma reiterada, y pueden considerarse muchos de ellos antecesores e indicadores de eventos futuros de mayor envergadura, como sería el caso de Mitch (Lavell, 1993; Maskrey, 1994; Wilches Chau, 1998). Además, se hipotetiza que existirá una correlación importante entre la territorialidad de los pequeños y medianos eventos y las zonas impactadas posteriormente por los grandes desastres. En esta situación asume gran relevancia la idea de que los recurrentes pequeños eventos erosionan de continuo la capacidad de desarrollo de las zonas y poblados afectados, y conducen a una inexorable acumulación de vulnerabilidades, que hace que el efecto de los grandes sea más agudo una vez que suceden.

Visto desde la perspectiva del Huracán Mitch y sus impactos en el istmo, analíticamente sería muy interesante cotejar las zonas dañadas por el evento, con la historia de los daños sufridos en los mismos lugares debido a anteriores desastres, grandes o no. De forma complementaria, también sería muy ilustrativo comparar los sitios afectados por Mitch con aquellos que durante setiembre y octubre, en todos los países del istmo, han sufrido las grandes inundaciones de 1999, que persisten al momento de terminar de escribir este documento.

Las lecciones que se derivarían de un ejercicio de este tipo, seguramente avalarían la idea de que la prevención es válida, y que trabajando en el contexto de los pequeños y recurrentes eventos,

se podría tener grandes beneficios, en términos de la prevención de los daños asociados a los grandes fenómenos como el Mitch. Desasociar los grandes de los pequeños eventos, considerar los primeros como importantes e ignorar a los otros, o darles poca relevancia, es contraproducente. Los grandes desastres se construyen sobre la historia de los pequeños. Se construyen en el contexto de procesos sociales, cambios ambientales, etc., que se dan al final de cuentas en localidades y zonas fractalizadas de un país o región.

### **Mitch y las Oportunidades y Escollos para la Reconstrucción con Transformación en Centroamérica**

El, o los desastres suscitados por el paso de Mitch por la región centroamericana, podrían marcar un hito en la forma en que la sociedad y los gobiernos ven el problema de riesgo y desastre, y en términos de la manera en que enfrentarán la problemática en el futuro. De igual manera podría ayudar a consolidar una nueva visión en las mentalidades de los organismos bi y multilaterales de desarrollo, muchos de los cuales con los impactos de Mitch a la vista, y la solicitud de ayuda para la reconstrucción, acuñaron el tema de la construcción social del riesgo y de la vulnerabilidad. Esto, pese a que anteriormente, una buena parte de ese grupo mostró poco interés en el tema de los desastres, la prevención y la mitigación.

Por otra parte, podría ser que todo resulte efímero, una ilusión, y que con el paso del tiempo y el desenvolvimiento de la reconstrucción volvamos a los viejos hábitos de buscar impulsar el crecimiento y el bienestar sin una consideración de la seguridad ambiental y la reducción del riesgo. Si la historia de otras reconstrucciones post desastre resulta ser válida, esta sería la conclusión más acertada.

Los desastres asociados con Mitch fueron considerados en su conjunto, como comentamos anteriormente, un desastre "regional". El proceso de gestión de fondos para la reconstrucción fue emprendido bajo el lema de la solidaridad y con la presencia en concierto de los gobiernos de los distintos países del istmo, amalgamados, junto con representantes de los donantes internacionales, en el llamado "Grupo Consultivo" para la reconstrucción de Centroamérica. Dentro de estas deliberaciones se aceptó la mayor

necesidad de Honduras y Nicaragua, pero en fin, era en distintos grados, un problema para todos.

Con la reunión del Grupo Consultivo en Washington, en diciembre de 1998 y con la celebración de la Cumbre de la Reconstrucción con Transformación, en Estocolmo, en mayo de 1999, se comprometieron varios billones de dólares para la reconstrucción en la región. Además, en otros momentos se concretaron importantes condonaciones de las deudas externas de Nicaragua y Honduras en particular. Sin lugar a dudas, mientras millones de pobladores pobres quizás albergarían la esperanza de que las nuevas inversiones les trajeran mejores oportunidades y condiciones de vida, muchas manos se habrán frotado pensando en las jugosas ganancias que recibirían con, o por medio de esas inversiones.

Durante los meses posteriores al evento, la región fue surcada por misiones de evaluación y análisis pertenecientes a docenas de organizaciones nacionales e internacionales. Estrategias y propuestas para la reconstrucción, sus pautas y parámetros, nacieron en las cuatro esquinas del istmo y también fuera. El tema de los desastres encontró más expertos que nunca en su historia.

El proceso que seguirá la reconstrucción, sus pautas y prioridades, sigue abierto a muchas interrogantes y dudas. ¿Será llevado a cabo con un profundo sentido de reducción de la vulnerabilidad, de participación social amplia, de inclusión de los grupos menos favorecidos de la sociedad, de "desarrollo" en términos cabales, de adecuación a las realidades locales y regionales diferenciadas, de vinculación con los representantes de la sociedad civil de estas jurisdicciones, de respeto, y en armonía con el medio ambiente, en fin, con visos de sostenibilidad económica, social y política? O, repitiendo las experiencias de muchos anteriores procesos de reconstrucción en América Latina y otras partes, ¿se llevará a cabo privilegiando la reconstrucción de las infraestructuras de punta, la economía "moderna", los nodos dinámicos de desarrollo, incluyendo el ya famoso "Corredor Comercial o Logístico" del istmo, la recuperación de las cuencas más importantes desde la perspectiva económica y poblacional, bajo modalidades de gestión verticales y centralistas, dirigidas por tecnócratas, distanciados en muchos casos de las necesidades, visiones, y opciones de las grandes mayorías?

La reconstrucción con transformación, presentada como opción de desarrollo, como oportunidad para construir una sociedad más segura, tendrá que inmunizarse contra la posibilidad real de que se convierta en un mecanismo para la reconstrucción de nuevas vulnerabilidades hacia el futuro, o el aumento en las ya existentes con anterioridad a Mitch. La desatención a las necesidades de las regiones y poblaciones más rezagadas y pobres, que incitaría procesos de migración hacia zonas aún más vulnerables en el campo y hacia los ya congestionados e inseguros barrios urbanos de las ciudades principales; la reconstrucción apresurada, por imperativo económico, de carreteras y caminos principales sin adecuada consideración de su vulnerabilidad; el retraso en los procesos de rehabilitación de caminos secundarios sin los cuales el pequeño comercio de los pequeños productores no puede salir al mercado; la ubicación de nuevas viviendas para los grupos pobres en zonas de inseguridad ambiental, etc., son experiencias del pasado que corren el riesgo de reaparecer en la escena de la prometeda "nueva sociedad". Con esto, los fondos frescos para la reconstrucción solamente se convertirían en el medio para la generación de las condiciones para un futuro desastre.

Finalmente, vale reflexionar sobre la profundidad con que el tema de la vulnerabilidad se ha introducido en el discurso y la práctica post Mitch (o Niño, o Georges). Sin lugar a dudas, con referencia a la reconstrucción, se ha escuchado mucho en torno a su reducción a raíz de las nuevas inversiones. Pero, en comparación, poco se ha escuchado sobre la reducción de la vulnerabilidad en todo lo que no fue afectado o destruido por el evento, que finalmente, cuenta por mucho más que lo destruido, al considerar la región en su totalidad y los países individualmente. Así, da la impresión de que la reducción, si se presenta como oportunidad, tiene que esperar un desastre para comenzar a realizarse. Entre tanto, aquellas zonas, regiones o países no tocados esta vez, en mayor medida a causa de la mala suerte, tendrán que seguir aguantando la vulnerabilidad hasta que un futuro desastre los ponga en línea para un apoyo a la reducción, a través de los fondos para la reconstrucción.

Desde ahí, el imperativo de reforzar los movimientos e instituciones que abogan por fortalecer la gestión del riesgo, reduciendo la vulnerabilidad existente. Esto debe ser considerado de tanta

importancia y tan buena inversión como la reconstrucción post desastre. Las agencias que proveerán los miles de millones de dólares para la reconstrucción, deberían haber considerado seriamente apartar una parte de estos fondos para invertir en la reducción de la vulnerabilidad que queda en la región, y buscar constantemente dirigir fondos “frescos” para este tipo de actividad. Esto debe dejar de ser visto en términos contables como un gasto, y más bien verse como lo que es, una inversión. Bajo este argumento, los países de la región que no sufrieron en mayor medida los embates de Mitch (o cualquier otro evento), y que no calificaron para recibir fondos de reconstrucción de manera importante, deben tener acceso a fondos para la reducción de vulnerabilidad, que podrían contribuir a que con el próximo evento físico de magnitud que afecte algún país de la región, la necesidad de desembolsos sea menos onerosa. En fin, es imperativo promover el desarrollo antes de los desastres, no solamente después: para salvar el brazo, es más importante la modesta labor de una enfermera que cura la herida, que la acción espectacular de un cirujano que amputa el miembro.

## **Consideraciones Finales**

A lo largo de este ensayo, hemos presentado un análisis crítico de un rango limitado de consideraciones, que surgieron en torno a la relación entre el desastre asociado con Mitch y el desarrollo en el istmo.

Una conclusión importante a la cual hemos llegado, es que la discusión en torno al impacto del desastre sobre el desarrollo, aún cuando importante, crea en sí un falso problema que de ser manipulado ideológica y políticamente, puede servir para distraer del problema principal que se enfrenta, el cual se refiere a los impactos que el mismo desarrollo puede haber tenido en la construcción de la vulnerabilidad, las amenazas y el riesgo, que hicieron factible que sucediera un desastre de tal magnitud. La distracción se torna aún más grande si el argumento de que el desastre ha atrasado el desarrollo de la región, se usa para sustanciar la premisa falaz de que los desastres son en sí, una de las causas del subdesarrollo en los países pobres del mundo.

En suma, sin negar que el desastre fue grande y el sufrimiento humano enorme, fue también social y políticamente construido.

Las declaraciones tempranas e irreflexivas de que Honduras y Nicaragua habrían sido arrojados décadas atrás en el desarrollo, con pérdidas de hasta 70% en sus infraestructuras, también habrá ayudado en cosechar buenos frutos con los medios de prensa internacionales y en la escena internacional en general. Sin embargo es probable que ninguno de estos países sufrirá importantes atrasos en su desarrollo a mediano y largo plazo a raíz del desastre. Más bien lo que se reveló era los niveles de pobreza, subdesarrollo y vulnerabilidad ya existentes. El sector privado dinámico absorberá las pérdidas, cubriéndolas con los seguros o las ganancias acumuladas a lo largo de los años, y algunos ganarán de forma elocuente a través de los contratos para la reconstrucción. Probablemente aprenderán de las lecciones del desastre e introducirán técnicas de reducción de riesgo y medidas que garanticen un nivel más alto de protección del medio ambiente en el futuro. Estos son los sectores que pueden sacar ventaja de las medidas modernas de reducción del riesgo, sea para la infraestructura existente o para futuros nuevos proyectos de inversión.

Por otra parte, los pobres quizás se harán más pobres, se encontrarán más inmersos en el subdesarrollo que los determinaba antes del evento, garantizando así que el próximo desastre podría ser aún más impactante para ellos. Sus opciones para reducir el riesgo quizás se reducirán a aquellas ventajas que algunos de ellos logren obtener en los procesos de reconstrucción. Si su riesgo se introdujera en una fórmula de costo - beneficio, muy pocos saldrían beneficiados. Están obligados a seguir viviendo en condiciones peligrosas, quizás convirtiéndose en beneficiarios de algún proyecto de prevención de desastres fomentado por alguna organización nacional o internacional. Sin embargo, confrontados con la magnitud del problema, estos proyectos apenas tocarán su superficie, siendo paliativos frente a la imposibilidad de operar sobre las causas fundamentales de los desastres. Causas que están firmemente ancladas en las pautas de crecimiento y desarrollo económico y sus impactos en la pobreza y la exclusión social. Mientras el riesgo no se contemple como un producto inherente a los modelos de desarrollo, las únicas soluciones al problema de los desastres será de tipo cosmético. Las predicciones fatalistas del fin del mundo serán precedidas por la destrucción paulatina y progresiva de partes de él.

Seis conclusiones derivan del análisis que presentamos en este documento y son también puntos de debate y polémica.

Primero, un análisis serio de la problemática de los desastres y el desarrollo debe utilizar un marco de análisis temporal que garantice que el "ciclo de vida" completo de los desastres, sea considerado, y no solamente las implicaciones que éstos tienen para el desarrollo, una vez sucedidos.

Segundo, la desmedida atención puesta en los impactos que los desastres pueden tener en el desarrollo futuro, sirve como una distracción en cuanto el problema fundamental, el cual se refiere a la forma en que las mismas modalidades de desarrollo condicionan la concreción y existencia de los desastres. Solamente si resolvemos esta última cuestión, estaremos en posición de considerar e impulsar formas adecuadas de reducción del riesgo en la sociedad y de reducir las consecuencias de futuros desastres.

Tercero, el problema principal no es que los desastres tengan impactos negativos en el desarrollo, particularmente cuando las pérdidas asociadas son grandes, comparadas con el tamaño de la economía afectada, sino más bien el problema de fondo, es el tamaño reducido y los niveles bajos de desarrollo de las economías y sociedades afectadas. ¡En vez de satanizar las amenazas por sus impactos en la sociedad, sería más justo satanizar la sociedad por sus impactos sobre las amenazas!

Cuarto, en la consideración del problema de desastres y desarrollo, los eventos de gran magnitud no deben dominar la escena y el análisis del tema, como suele ser el caso en general. Más atención debe prestarse al rango amplio de eventos de pequeña y mediana escala, que afectan recurrentemente a múltiples zonas, regiones, comunidades y localidades en el mundo, los cuales reúnen los mismos factores de causa y efecto que los grandes eventos y contribuyen de forma permanente a la erosión de los beneficios del desarrollo y a la construcción constante de nuevas vulnerabilidades en la población afectada.

Quinta, la concentración de las estadísticas y los análisis en los daños y las pérdidas asociadas con los desastres, en el espacio social del daño, soslaya la comprensión cabal del problema del desastre. Igual importancia debe concederse al análisis del espacio social de la resistencia o del no daño exhibido en zonas y

comunidades inmersas en la escena general del desastre. Mayores lecciones para la reducción futura del riesgo, se aprenden del estudio de la resistencia y la adaptación mostradas por algunas comunidades, sistemas productivos, e infraestructuras, que por el análisis de las pérdidas sufridas.

Sexta, el uso de rígidos criterios económicos y cálculos de costo - beneficio para justificar y sustentar iniciativas a favor de la reducción del riesgo, puede rendir frutos en el futuro, en términos de los sectores modernos o avanzados de la economía y la sociedad, pero este no es el caso con los sectores pobres y tradicionales, que en general componen la mayor parte de las víctimas del desastre. Lograr la reducción del riesgo para esta población, haciéndole posible alcanzar condiciones de vida más seguras, es antes un problema de ética, equidad y justicia social, que un problema de racionalidad y eficiencia económica.

## Bibliografía

- ALBALA BERTRAND, J. M. ( 1994). *The Political Economy of Large Natural Disasters: With Special Reference to Developing Countries*. Clarendon Press. Oxford
- ANDERSON, M. ( 1985). " A reconceptualization of the linkages between disasters and development". *Disasters: The International Journal of Disaster Studies and Practice*. ( Harvard Supplement).
- ANDERSON, M. Y P. WOODROW (1989). *Rising from the Ashes: Development Strategies in Times of Disaster*. Westview Press. Boulder.
- BLAIKIE, P. et. al. (1996). *Vulnerabilidad. El Entorno Político, Económico y Social de los Desastres*. LA RED. Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- CAPUTO, G. et. al. (Comp.) (1985). *Desastres Naturales y Sociedad en América Latina*. Grupo Editor Latinoamericano, CLACSO, Buenos Aires.
- CUNY, F. (1983). *Disasters and Development*. Oxford University Press.
- DESASTRES Y SOCIEDAD (1993-98). *Revista Semestral de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina*, Nos. 1-8.
- FERNÁNDEZ, M. A. (1996). *Ciudades en Riesgo: Degradación Ambiental, Riesgos Urbanos y Desastres*. LA RED-USAID. Lima

- GARCÍA ACOSTA, V. (Comp.) (1996). *Historia y Desastres en América Latina*. Vol. I, LA RED-CIESAS, Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- GARCÍA ACOSTA, V. (Comp.) (1997). *Historia y Desastres en América Latina*. Vol. II. LA RED-CIESAS-IT PERU. Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- HEWITT, K. (1983). "The Idea of Calamity in a Technocratic Age", en: Hewitt, K. (Ed). op. cit.
- HEWITT, K. (Ed.) (1983 a). *Interpretations of Calamity*. Allen and Unwin, London.
- HEWITT, K. (1997). *Regions of Risk*. Longman Harlow, Essex.
- KREIMER, A. ( 1989) *Reconstruction after Earthquakes: Sustainability and Development*. The World Bank. Environmental Department, Policy and Research Division.
- KREIMER, A AND M ZADOR. ( eds ) ( 1989). *Colloquium on Disasters, Sustainability and Development. A Look at the 90s*. Environmental Document No. 23. The World Bank, Washington.
- KREIMER, A. AND M. MUNASINGHE (eds.) (1991). *Managing Natural Disasters and the Environment*. The World Bank, Washington, D.C.
- LAVELL, A. (1993). "Ciencias Sociales y Desastres en América Latina: Estrategias de Intervención", en: Maskrey, A.. op. cit.
- LAVELL, A. (Comp.) (1994). *Viviendo en Riesgo: Comunidades Vulnerables y Prevención de Desastres en América Latina*, LA RED-FLACSO-CEPREDENAC. Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- LAVELL, A. (Comp.) (1994 a) *Al Norte del Río Grande*, LA RED, Tercer Mundo Editores. Colombia.
- LAVELL, A. (1996). "Degradación Ambiental, Riesgo y Desastre Urbano: Problemas y Conceptos", en: Fernández, M. A. op. cit.
- LAVELL, A. y E. Franco (1996). *Estado, Sociedad y Gestión de los Desastres en América Latina*. LA RED-FLACSO-IT Perú. Lahmann. Lima, Perú.
- LUHMAN, N. (1991). *Sociología del Riesgo*. Universidad Iberoamericana/Universidad de Guadalajara. Jalisco.
- LUNGO, M Y S. BAIRES (comp) (1996). *De Terremotos, Derrumbes e Inundados*. LA RED-FUNDE. Algiers. San Salvador, El Salvador.
- MANZILLA, E. (Ed.) (1996). *Desastres: Modelo para Armar*. LA RED. Lima.

- MASKREY, A. y G. Romero (1985). Urbanización y Vulnerabilidad Sísmica en Lima Metropolitana. PREDES, Lima, Perú.
- MASKREY, A. (Comp.) (1993). Los Desastres no son Naturales. LA RED, Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- MASKREY, A. (1994). "Comunidad y Desastre en América Latina: Estrategias de Intervención", en: Lavell, A. op. Cit.
- MASKREY, A. (Ed.) (1996). Terremotos en el Trópico Húmedo. IT Perú y LA RED. Tercer Mundo Editores, Colombia.
- MASKREY, A. (Ed.) (1998). Navegando entre Brumas: la Aplicación de los Sistemas de Información Geográfica al Análisis de Riesgo en América Latina. IT Perú y LA RED, Tercer Mundo Editores.
- O'KEEFE, P; K WESTGATE; B. WISNER (1976). "Taking the naturalness out of natural disasters". *Nature*, 260
- STEPHENSON, R. S. ( 1991). Disasters and Development. Disaster Management Training Programme. UNDP-UNDRO. Geneva.
- WIJKMAN A. Y L. TIMBERLAKE (1985). Desastres Naturales: Fuerza Mayor u Obra del Hombre. Earthscan.
- WILCHES CHAUX, G. (1989). Desastres, Ecologismo y Formación Profesional. SENA, Colombia.
- WILCHES CHAUX, G. (1998). Auge, Caída y Levantada de Felipe Pinillo, Mecánico y Soldador o Yo Voy a Correr el Riesgo. IT Perú y LA RED, Delta S.C. Quito, Ecuador.
- WISNER, B; K. WESTGATE; P. O(Keefe (1976) "Poverty and Disaster" *New Society*, 9, September
- WISNER, B; P. O(Keefe; K. Westgate (1977). "Global systems and local disasters: the untapped power of people's science". *Disaster* (1) 1.
- ZILBERT, L. (1998). Módulos para la Capacitación: Guía de LA RED para la Gestión Local de Riesgo. LA RED, Lima.